

# Mis experiencias kafkianas

Por José Luis CUEVAS

Ilustraciones del AUTOR.



"Tú eres muy joven para ser tan pesimista, ¿por qué sólo pintas locos y prostitutas?"

Fue durante el verano de 1954.

"—Tome este libro, léalo durante el viaje. Estoy seguro que le interesará; sobre todo el relato titulado *La metamorfosis*." Me había dicho el gran crítico y amigo José Gómez Sicre al momento de entregarme un pequeño volumen azul. La locomotora silvó y el tren se sacudió con fuerza. De un salto abordé el vagón de segunda clase que me conduciría a la ciudad de Nueva York. "—¡Gracias, lo leeré!—", grité desde la escalera del tren agitando en el aire el libro. En pocos minutos Washington quedó atrás. Durante el viaje no leí. Me entretuve hojeando los *comics* del *The Washington Post* y en observar los rostros en reposo de los pasajeros. Algunos leían el *Time*. Esto me produjo satisfacción pues en esa edición venía mi foto ilustrando una extensa entrevista que me había hecho en Washington James Truitt. Durante un rato me entretuve con la idea de que alguien pudiera reconocerme y empecé a repetir el gesto hosco que había adoptado en la fotografía para facilitar la identificación... pero nada pasó. Después me quedé dormido y no desperté hasta que llegué a Nueva York. Abordé un taxi y di al chofer la dirección de un modesto hotel que me habían recomendado, situado, si mal no recuerdo, en la calle 45. Era barato y limpio, aunque algo sórdido. (Al cabo de unos días me enteré que casi todos los huéspedes —hombres y mujeres— eran ancianos jubilados por el gobierno. En más de una ocasión me encontré, al entrar o salir del hotel, a pequeños grupos de estos viejos, entonando canciones que sonaban a marchas, mientras ondeaban pequeñas banderitas con las barras y las estrellas. Algunos llevaban distintivos con el águila americana. Unos días antes de dejar yo ese hotel, uno de los ancianos murió durante una crisis de asma. Esa noche los sollozos de los viejos no me dejaron dormir).

Apenas dejé mis maletas en el cuarto, salí presuroso a la calle, ansioso de conocer la ciudad que visitaba por primera vez. Me dirigí antes que nada, al Museo de Arte Moderno para pedirle a Alfred Barr un pase que me permitiera el acceso al Museo, cuantas veces me diera la gana. Yo tenía derecho a ese privilegio, pues el Museo había adquirido dos de mis obras, durante mi exposición de la Unión Panamericana en Washington. Barr me recibió con gran cordialidad y me hizo pasar a la oficina de la Srta. Miller de donde salí con el pase muy contento. Ya en las salas de exposiciones, me entretuve más

observando a la gente que a los cuadros. Lo que más atrajo mi atención dentro de esa heterogénea fauna humana, fueron las muchachas *beatnicks* con sus largos cabellos negros que les llegaban, sueltos o en trenza, hasta sus elásticas caderas enfundadas en estrechas faldas color *beige* o *charcoal*. Una de ellas llamó particularmente mi atención y me puse a revolotear a su alrededor sin decidirme a nada. Ella no advertía mi presencia; estaba demasiado preocupada en descifrar el misterio que encerraban los inquietantes personajes que poblaban un cuadro de Paul Delvaux. Yo me situé a su izquierda, fingiendo interesarme en *La persistencia del Tiempo* de Salvador Dalí, cuando sentí que ella me miraba. Volví bruscamente la cabeza y me encontré con sus ojos de *vamp* observándome con fijeza. Me turbé algo y advertí que sus labios sonreían para abrirse después con expresión de asombro. Lanzó un chillido y luego me preguntó que si yo era JOSE LUIS CUEVAS, el de *Time Magazine*. Asentí con la cabeza y la invité a tomar algo en el restaurante del Museo. Aceptó con entusiasmo. Me costaba trabajo —y me sigue costando— expresarme en inglés. Ella insistía que le explicara por qué había dicho en *Time* que cuando niño despanzurra a un conejo para conocer y dibujar sus entrañas, y que eso mismo me gustaría hacer con las personas... Después quiso que le dijera el porqué de mis temas. "—Tú eres muy joven para ser tan pesimista, ¿por qué solo pintas locos y prostitutas?" Traté de decir algo pero ella no me entendió. Preferí entonces que ella hablara. Me enteré que se llamaba Julie, que era escritora, que vivía en Greenwich Village y que por las noches tocaba la guitarra en un café."—"Lo que escribo, ¿sabes?, no se parece en nada a lo que tú dibujas", me dijo mientras tomaba una de mis manos en un arranque súbito de ternura. "—He leído en *Time* que tienes veinte años. Yo tengo veintinueve. Creo que soy muy vieja para ti." Yo no hablé nada, preferí inclinarme y besar sus labios. "—Ven, me dijo sin soltar mi mano, al tiempo que empujaba con violencia la mesa. Me dejé conducir. Subimos las escaleras y llegamos al segundo o tercer piso. Recorrimos varias salas y entramos a un pequeño saloncito oscuro, en cuyo centro se exponía una caja metálica, dentro de la cual unas luces de colores se movían, produciendo un número limitado de efectos. Dos o tres personas, ensimismadas, contemplaban el prodigio. Julie, jadeante, me arrastró hasta un rincón y empezó a besar-

me y a mordirme rabiosamente. “—¡VEN!” —repetía convulsivamente “—¡VEN! ¡VEN!”

Ese mismo día, sin Julie, me fui a *Coney Island*. Los gigantescos *hot-dogs*. La mujer más gorda del mundo bailando procazmente algo así como un cha-cha-cha. El enano ventruado —de gran nariz a lo Durante— pateando furiosamente las piernas torcidas del gigante microcéfalo. El alarido bestial de una familia, al descender vertiginosamente por la montaña rusa. *Mardi-Gras*. Niños con caretas monstruosas marcadas de cuchilladas y heridas purulentas. Las siamesas Dolly con su pelo rojo y su sonrisa triste. El hombre observando al hombre. La mujer vampiro chupándole la sangre a un enorme pernit. Las *call-girls*, en día de asueto, con los ojos puestos en algún *marine*. Los cuartos de tatuaje. Máquinas traganiqueles para ver un *streak-tease*. Unas niñas rubias gozando con el hombre gusano; adefesio mutilado que se arrastra por el suelo. Y, en todo eso, la mirada inquisidora de MAD. *Coney Island*. La feria de Oklahoma. La América que imaginó Franz Kafka... Kafka es el autor del libro que me regaló Gómez Sicre y que todavía no he podido leer. Allí está, sobre el buró de mi cuarto, esperándome...

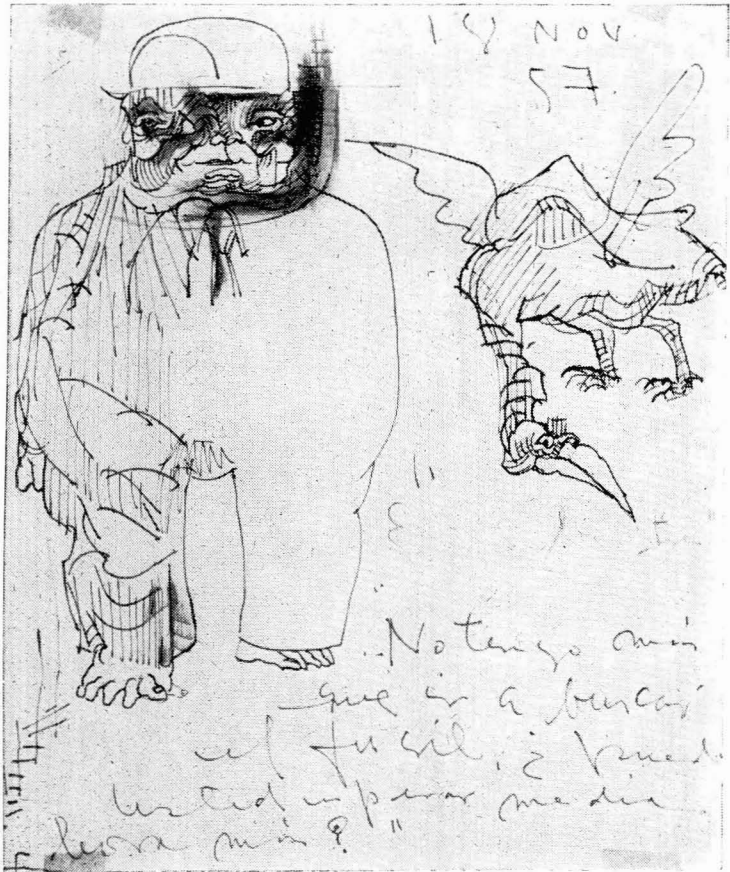
Ya muy noche, algo mareado, tomé el *elevado* rumbo a Manhattan. Me sentía extenuado y con asco. Mi libreta de apuntes iba repleta de esperpentos aterradoros. Después de unos veinte minutos de viaje el *elevado* quedó vacío... De pronto se dejó devorar por el subterráneo. En el tren había un hedor insoportable; por el suelo yacían residuos de comida, botellas y papeles. Fijé mi vista en mi único compañero de viaje: era una mujer de unos sesenta años con el rostro abotagado y la expresión perdida. La boca entreabierta dejaba ver sus dientes podridos. Respiraba con dificultad. El rimel de los ojos se le había escurrido y la pintura de los labios, de un tono violeta, había sido aplicado con tal abundancia que se habían formado unos grumos que más bien semejaban pequeños granos. La pobre existencia posó en mí su mirada vacía. Se echó ligeramente hacia la derecha para mejor observar mi larga melena que se apoyaba sobre el cuello de mi camisa. Sonrió levemente. Yo me sentí molesto, casi furioso. Volví la cara hacia la ventanilla y el ver pasar las luces con rapidez, me produjo cierto malestar que me obligó a cerrar los ojos. De pronto sobre mi pierna sentí un peso. Algo que me apretaba sin llegar a producir dolor. Sobresaltado abrí los ojos y vi el rostro de la vieja a unos cuantos centímetros de mi cara. Su mano se apoyaba sobre mi pierna y esto le permitía guardar el equilibrio, mientras permanecía inclinada sobre mí. Sonreía con expresión estúpida y trataba de decirme algo. Yo no pude contener un aullido. El tren, veloz, me acercaba a mi destino... —“Take it easy, boy. Take it easy, sólo quiero hablar contigo”, me dijo con voz chillona. —“Mira —continuó—, cuando me sobra algo de dinero duermo en un Hotel del *Bowry* y cuando no,



“La pobre existencia posó en mí su mirada vacía”

pues me la paso en el *sub-way* de aquí para allá-de aquí para allá-de aquí para allá-de aquí para allá...” y rubricó sus palabras con una carcajada siniestra. Después de una pausa, que dedicó a acomodarse de nuevo en su asiento, continuó hablando: —“Me gusta tu cara, me gustan tus ojos. Me gustaría tanto que te quedaras conmigo, por lo menos hasta que amanezca... please”. El tren chirriando se detuvo. —“Perdone, le dije, aquí me bajo”, y salió veloz. La puerta se cerró con violencia y el tren reanudó su marcha. Yo me di vuelta y tras del cristal turbio pude ver el rostro de la vieja mirándome mientras desaparecía. Me pareció creer que lloraba.

Llovía a cántaros. Me eché a correr en busca de mi hotel. El agua mojaba el cristal de mis espejuelos y me impedía ver. Corrí a lo loco hasta que un intenso dolor en el estómago me obligó a detenerme. Sentí deseos de vomitar y lo hice. Esto me calmó un poco y reanudé mi carrera. Creyendo ir por el *west*, iba por el *east*. Las calles estaban desiertas. Me preocupaba mojarme, pues esto podía desencadenar la enfermedad... Después de una búsqueda desesperada, al doblar una esquina, sorprendentemente, me topé con mi hotel. Ya en el cuarto, me froté el cuerpo con agua de lavanda y me metí a la cama. Estaba sobreexcitado y no podía dormir. Ya casi amanecía. Tomé el libro que me había dado Gómez Sicre y empecé a leer *La metamorfosis*. Me sentí afiebrado. Interrumpí la lectura y fui en busca del maletín donde guardaba mis inseparables termómetro y pomo de aspirinas. Mi axila febril hizo subir el mercurio hasta 38.5°. Apuré tres aspirinas con un vaso de agua caliente para hacerme sudar y volví a Kafka... Gregorio Samsa despertaba convertido en insecto. Tocaban a su puerta. No podía incorporarse... La hermana de Gregorio tocaba el violín, mientras la mujer más gorda del mundo bailaba procazmente... Samsa era agredido por su padre con una manzana. Esta se le incrustaba en su cuerpo y se le pudría allí... “Mi estómago me duele. Todo mi cuerpo me duele”. A Samsa lo han olvidado en el cuarto de los escombros; se llena de polvo... “La pobre vieja del *sub-way*, ¿qué hará?”... Nadie quiere a Gregorio. Lo han olvidado... “Julie, Julie, ¿dónde estás?”... *Time Magazine*: José Luis Cuevas, *the golden boy*... “Samsa termina en un basurero...” ¿Por qué se reían del “hombre gusano”?... *La persistencia del tiempo*... “Take it easy, boy, take it easy”... La muralla china. Tiro el libro contra el espejo del ropero y me parece ver el rostro de Samsa mirándome con fijeza. No es Samsa, soy yo mismo. Quiero mover mi cuerpo y no puedo. ¿Me habré convertido en un insecto? No, es la fiebre. Creo que me ha subido todavía más. Suena el teléfono. rrrrrrrrrrr. Levanto el brazo con dificultad... —“¿QUIÉN HABLA?” —“Habla Julie”.



“La América que imaginó Kafka”